



El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 27 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

NÚM. 1.

Sevilla.—Miércoles 2 de Enero de 1901

AÑO XXV.

Por toda España

Dicenta publica en *El Liberal* una valiente crónica titulada *El cerco de Madrid*.

Dicha crónica es una hermosísima descripción de la Corte, ahogada por un número exorbitante de conventos; y es, además, una enérgica excitación a la lucha, un sentido grito de combate.

En la situación del gran estómago de España se encuentran las demás provincias.

Bien notorio es que las capitales de más importancia, y aun pueblos de segundo orden, están cohibidos por el exagerado influjo que en fuerza de protección y privilegio disfrutaban una multitud de asociaciones dirigidas por las órdenes monásticas, que apenas echan pié en cualquier ciudad, levantan su palacio a modo de fortaleza.

Muchas veces, órganos de la opinión independientes han clamado contra este cerco que las comunidades religiosas han puesto en nuestras mejores poblaciones, á ciencia y paciencia de la opinión liberal.

Hoy estos clamores se convierten en lamentos desesperados, porque el cerco aprieta duramente en medio de una competencia cínica é inoble.

Porque estos religiosos, atentos sólo á la riqueza territorial, han establecido su fortaleza con el doble fin de dominar las conciencias y dominar el mercado.

Consiguen lo uno por el confesonario y su estudiada gazoñería.

Logran lo otro abarcando todos los ramos de la industria, previa la exención de toda clase de contribuciones é impuestos.

De donde resulta que la gente negra establece un cerco espiritual y material, con caracteres tan abominables y tan inhumanos, que necesariamente trae aparejado la ruina de los trabajadores y el secuestro de sus conciencias.

En Francia, como en España, sienten á lo vivo esta horrible presión de los acaparadores religiosos, y no sólo por lucha de ideas, sino de propia conservación, los espíritus refractarios á esta doble esclavitud se aprestan á protestar activamente.

Hay que romper este cerco; hay que repeler el ataque con violencia, porque con violencia somos compelidos á la muerte; hay que recuperar nuestra libertad, la libertad de nuestras ciudades, aprisionadas por los conventos, puesta la mira en nuestro honor, expuesto á toda hora á las acometidas de ese gremio de sauales ensoberbecidos por sus audacias, que corren sin castigo; hay, en una palabra, que reintegrar con actos, por todos los medios posibles, la soberanía del trabajo y la igualdad ante la ley, hollada sin piedad por las pezuñas clericales.

Obra de higiene y de saneamiento moral es esta, que acredita de libre y culta á cuantas naciones la han realizado.

Si hemos de marchar en el concierto de éstas, para vida, emprendamos sin pérdida de tiempo por toda España tan regeneradora labor.

La más necesaria y trascendental para enmendar las vergüenzas y los yerros de nuestro pasado.

Rompamos el cerco por todas partes.

FRAY VERDADES.

Murmuraciones

La entrada del nuevo siglo nos ha venido de perilla.

El nos ha hecho olvidar la hambre, el frío, el Gobierno, los frailes y demás miserias que nos agobian.

Los periódicos, como los campanarios de todas las parroquias, han echado las campanas á vuelo, y uno, dirigiéndose al siglo pasado, y otros al siglo presente, todos y cada uno se han desahogado á su sabor.

Hay quien—con motivo de haber conocido el siglo veinte—crea haber sacado la lotería, y la gente, en general, andaba toda por esas calles

dándose apretones de mano y estrechos abrazos como si el casero y el recaudador de contribuciones no los fueran á visitar con el recibo correspondiente.

En Sevilla la entrada del nuevo siglo ha revestido carácter místico aguardientoso. Todo, por supuesto, con la mayor religiosidad y la mayor alegría.

El siglo ha sido recibido con todos los honores y con todo el incienso que había disponible.

Misas, pláticas, sermones, procesiones públicas... y un cuarto de kilo de carne á los pobres.

Del mal, el menos; porque esto último, á cargo de nuestro Ayuntamiento, ha dejado alguna substancia.

En los pueblos del distrito no sabemos qué ha pasado cuando hayan visto la entrada del nuevo siglo... No es raro que, imitándonos los pueblos, lo hayan también celebrado, en la iglesia con el cura, y en la calle con el diablo.

En Dos-Hermanas, vecino pueblo y canónicamente, la entrada del nuevo siglo se ha celebrado con gran solemnidad... y hasta con prospectos para levantar el entusiasmo.

Se ha repartido con profusión una octavilla de papel con los siguientes vivas:

¡Viva el pueblo de Dos-Hermanas!
¡Viva el cura párroco!
¡Viva el Alcalde y Municipio!

Y
¡Viva D. Jesús de Grimarestil!

No ha faltado más que el ¡viva á D. Carlos séptimo!

Pero, como quiera que el Sr. D. Jesús es el representante del tal D. Carlos en estas tierras de pan labrar, ¡como si lo hubieran dado!

¡Mi enhorabuena á los carlistas sevillanos y á su padre Montaña andaluz.

El Sr. D. Francisco Romero Robledo ha inaugurado con la mayor solemnidad la erección, en la plaza del Sanz de Madrid, de la estatua de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al acto asistieron sus majestades, el alto personal palatino, el Gobierno y los lacayos de tanda.

El Sr. Romero Robledo dijo:

«El gran estadista pertenece á su país, y pasará á la historia de éste como el primer hombre de Estado de su época. A él se debe la restauración de la monarquía sin derramamiento de sangre, y el haber hecho desaparecer las sombras de la reacción.»

Como observarán ustedes, el Sr. Romero Robledo sigue siendo en el siglo veinte tan ambustero como lo era en el siglo diecinueve.

Por este hombre no pasan siglos. Gracias á que Martínez Campos, restaurador de la monarquía, yace mudo bajo la tierra del siglo diecinueve, que si no... él se encargaría de contestarle.

Y en cuanto á eso de haber hecho desaparecer las sombras de la reacción, remitido á mis lectores á sus últimos discursos pronunciados en el Congreso, en esos que asegura—y es verdad—que la reacción nos come, nos explota y nos empuera.

Y siguió diciendo el Sr. Romero:

«El Sr. Cánovas fué el más firme sostén de la dinastía reinante.

Dirigiéndose á S. M., dijo:
—¡Qué grato será para V. M. asociarse hoy al espíritu del pueblo español!

Pero... ¿el pueblo español se ha asociado para levantarle una estatua al hombre que entró en los campos de Cuba toda la juventud española, por necesidad, por orgullo ó por... patriotismo, si patriotismo se llama matar á la humanidad defendiéndolo que nada le importa?

No, Sr. Romero Robledo: el espíritu del pueblo español no puede estar allí donde se levante la estatua de un tirano.

Y si no... que hablen las cien mil madres de familia que allí perdieron sus hijos sin honra ni provecho.

Allí estarán asociados todos los espíritus de la gente lacayuna por dicho hombre de estado encumbreada, y los de aquellos que se valen de su efigie para medrar.

Dicen todos los periódicos que la crisis se acerca porque el Gobierno está enfermo de calenturas malignas. Saldrá el Ministro de Estado y el Ministro de Marina, para dar entrada á otros

dos ministros más carlistas. Traían de echar un remiendo en esa tela podrida que zurció el señor Silvela para casar á la niña. Celebraré que lo logren y que su objeto consigan, y que salgamos del paso con la mayor alegría.

Esto que copio es de Joaquín Dicenta, doliéndose de que la Corte de España este rodeada de conventos.

Y exclama:

«El convento! Es decir, el enemigo de todo progreso, de todo paso de la humanidad hacia adelante; la mole estancada que resta músculos al trabajo, gérmenes de vida á las generaciones futuras, horizontes al pensamiento é independencia al juicio. El convento, que no significa hoy asociación de hombres libremente reunidos con objeto de elevar sus preces á Dios, sino recluta de soldados prontos á combatir por el triunfo del fanatismo. El convento, que se convierte en escuela para apoderarse de los cerebros infantiles y dirigirlos á su antojo; en taller, para explotar la huerfandad del obrero y ofrecerle la hartura arriba, aunque sufra, como ley irrevocable, la miseria abajo; en asilo de mujeres caídas, donde se las redime de la vergonzosa esclavitud de la carne, para someterlas á la horrible esclavitud del albedrío. El convento, que no se conforma con el espacio entre sus muros comprendidos, sino que lo rebasa y se introduce en todas partes: en la cátedra, en el hogar, en el lecho de los moribundos, en el oído de las mujeres, en las ocupaciones de los hombres, en el palacio de los reyes, en la conciencia de las reinas, para decirles que el amor á la libertad es una infamia, el respeto al criterio individual un delito, el propósito de la redención humana en la tierra un crimen, y que el cielo castigará con el más tremendo de los castigos á quien en tal infamia, en tal delito ó en tal crimen incurra.»

Todo eso es el convento. Y así está Madrid.

Como estarán las hijas cuando la mamá se encuentra presa entre esos miles de gaudules!

Pero, D. Joaquín: crea usted que tenemos todo eso porque lo queremos y porque lo merecemos.

Nadie tiene piojos si no es porque quiere tenerlos.

Y el cuerpo social español los tiene porque quiere.

No hay que darle vueltas.

Ha dicho el *Heraldo* de Madrid:

«En nuestro número de ayer copiábamos la partida de los presupuestos generales del Estado correspondientes al año 1900, en la que se asigna la pensión de 30.000 pesetas anuales á su alteza la serenísima señora infanta de España D.^a Isabel Fernandina de Borbón y Borbón.

Como esta señora falleció en París el 17 de Mayo de 1897, preguntábase si las 30.000 pesetas las cobraban sus herederos.»

Y la heredera de la señora infanta ha contestado:

«Como hija y heredera de la referida Infanta, puedo asegurar á usted que nada he percibido de la referida asignación, por lo cual resultará por todo extremo interesante é instructivo averiguar por qué figura en los presupuestos la asignación correspondiente á persona fallecida hace tres años y medio y quién es el infeliz mortal que se aprovecha de ella.

Es de usted con la mayor consideración atenta segura servidora, q. b. s. m.—*María Cristina Gurowski y Borbón.*»

¿Dónde están las 30.000 pesetas?
¿Quién ha cobrado, y quién cobra esas 30.000 pesetas?
¿Misterios del siglo diecinueve!
¡Va se murio!

¡Vayan ustedes á preguntarle lo que habrá hecho de ellas!

Pero... no nos ocupemos en eso.

Ahora estamos locos de alegría por haber conocido el siglo veinte.

¡Que por cierto viene acompañado de las mismas vulgaridades que el anterior!

CARRASQUILLA.

TAN TRISTE COMO EL PRINCIPIO

Finalizó el siglo diez y nueve, que tanto ha luchado por las ideas de emancipación, y España está sometida á las ideas del pasado, como al principiar la centuria que ha expirado.

Ha habido en los comienzos, en la mitad y al

principio del último tercio, algunos ligeros destellos que desgraciadamente se disiparon enseguida, y nos envolvió nuevamente la densa niebla de aquellas edades en que el rey y los privados lo eran todo, y el pueblo sólo representaba la bestia de carga al servicio del señor y del tirano.

Lo que se ha perdido en franqueza hemos alcanzado en disimulo hipócrita. Los reyes á lo Luis XIV desaparecieron; los ministros á lo Narvaez y á lo González Bravo casi no se comprenden, pero sus herederos y sucesores, si carecen de su enérgica arrogancia, manejan las artes del disimulo preconizando la libertad para tiranizar al pueblo.

Aquellos tenían la grandeza de la provocación, considerándose superiores á todo; los hombres actuales tienen la pequeñez hipócrita del enano, que se procura una aureola modernista para disimular sus malas artes.

En punto á libertades estamos mucho más bajos que en los finales de la centuria, que expulso al jesuitismo de España. Es verdad que hay una Constitución y que funciona un parlamento. Aquella es una carta otorgada por unos cuantos oligarcas. El parlamento es la obra de los gobiernos del rey, que si no representa al país, tampoco significa los fueros de la nación, ni dirige su vista á los verdaderos intereses del pueblo. Obra de un concierto de partidos y de hombres que no tienen el concepto de la libertad ni la verdadera noción de patria, es, á su semejanza y á su devoción, un órgano sumiso á sus determinaciones.

Hemos permitido la mixtificación de la libertad, y nos hemos dejado arrastrar hasta la más indigna de las servidumbres, por falta de la suficiente energía para imponer la voluntad del pueblo como legislador y como juez.

Hemos dejado immiscuirse en los negocios públicos á hombres sin conciencia, y tan grandes en ambición como ayunos de ideas, y nos han arrojado sumiéndonos en el precario estado que yace el verdadero señor y dueño de sus destinos.

El tirano moderno, con su disimulo, no alza el cadalso, pero eleva á axioma la degradación moral, mil veces peor que el sacrificio de la propia vida; y á fé que hacen bien cuando el pueblo permanece impasible é insensible ante la usurpación de todos sus derechos, el atropello de sus libertades y la defraudación de esos bienes y haciendas.

Ahí está como testimonio vivo, y asunto de tristísima actualidad, la crisis actual del poder ejecutivo, que no es ni más ni menos que la anterior y que todas las que se han sucedido en veinticinco años. Cálculas, intrigas, malas artes, desprecios de los derechos del pueblo, privación de sus derechos, pero exacción de los tributos; que pague y calle, dicen los políticos, que son aquellos señores feudales de la antigüedad, con derecho de pernada y todo, y que si los señores tenían arranques para perdonar á los siervos, éstos aprietan, en cambio, los tornillos para todas las exacciones al infeliz contribuyente.

Tal es el cuadro que se ofrece á nuestra vista en estos momentos en que la España del siglo veinte comienza con la mala sombra de la reacción teocrática, y con la mala pata de un pueblo sumiso, obediente, servil é indolente y egoísta, que parece atrofiado por el vicio de la pereza, que es el peor de todos los vicios.

El concepto de la libertad se ha abandonado y franqueado el paso al más refinado egoísmo, mirando solamente á los intereses puramente materiales. Se cree que hay suficiente con la hogaza, y que la vida moral nada significa. Por esto imperan los políticos al uso; por esto se han repartido hasta la soberanía, y amistosamente y periódicamente disfrutan el imperio.

Hay que volver por los fueros de la moral que son las determinaciones substantivas del derecho, para reivindicar la libertad y la soberanía, porque así prosperaremos en el orden moral, y mejorará nuestro estado de postración servil y, nos dignificaremos. El verdadero concepto de la libertad es el ejercicio de la soberanía en toda su integridad, y así acabaremos con las tristezas del presente.

A. A.

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 1.

Sevilla.—Miércoles 2 de Enero de 1901

AÑO XXV.

Por toda España

Dicenta publica en *El Liberal* una valiente crónica titulada *El cerco de Madrid*.

Dicha crónica es una hermosísima descripción de la Corte, ahogada por un número exorbitante de conventos; y es, además, una enérgica excitación a la lucha, un sentido grito de combate.

En la situación del gran estómago de España se encuentran las demás provincias.

Bien notorio es que las capitales de más importancia, y aun pueblos de segundo orden, están cohibidos por el exagerado influjo que en fuerza de protección y privilegio disfrutaban una multitud de asociaciones dirigidas por las órdenes monásticas, que apenas echan pié en cualquier ciudad, levantan su palacio a modo de fortaleza.

Muchas veces, órganos de la opinión independientes han clamado contra este cerco que las comunidades religiosas han puesto en nuestras mejores poblaciones, a ciencia y paciencia de la opinión liberal.

Hoy estos clamores se convierten en lamentos desesperados, porque el cerco aprieta duramente en medio de una competencia técnica e innoble.

Porque estos religiosos, atentos sólo a la riqueza territorial, han establecido su fortaleza con el doble fin de dominar las conciencias y dominar el mercado.

Consiguen lo uno por el confesonario y su estudiada gazmoñería.

Logran lo otro abarcando todos los ramos de la industria, previa la exención de toda clase de contribuciones e impuestos.

De donde resulta que la gente negra establece un cerco espiritual y material, con caracteres tan abominables y tan inhumanos, que necesariamente trae aparejado la ruina de los trabajadores y el secuestro de sus conciencias.

En Francia, como en España, sienten a lo vivo esta horrible presión de los acaparadores religiosos, y no sólo por lucha de ideas, sino de propia conservación, los espíritus refractarios a esta doble esclavitud se aprestan a protestar activamente.

Hay que romper este cerco; hay que repeler el ataque con violencia, porque con violencia somos compelidos a la muerte; hay que recuperar nuestra libertad, la libertad de nuestras ciudades, aprisionadas por los conventos, puesta la mira en nuestro honor, expuesto a toda hora a las acometidas de ese gremio de sauales ensoberbecidos por sus audacias, que corren sin castigo; hay, en una palabra, que reintegrar con actos, por todos los medios posibles, la soberanía del trabajo y la igualdad ante la ley, hollada sin piedad por las pezuñas clericales.

Obra de higiene y de saneamiento moral es esta, que acredita de libre y culta a cuantas naciones la han realizado.

Si hemos de marchar en el concierto de éstas, para vida, emprendamos sin pérdida de tiempo por toda España tan regeneradora labor.

La más necesaria y trascendental para enmendar las vergüenzas y los yerros de nuestro pasado.

Rompamos el cerco por todas partes.

FRAY VERDADES.

Murmuraciones

La entrada del nuevo siglo nos ha venido de perilla.

El nos ha hecho olvidar la hambre, el frío, el Gobierno, los frailes y demás miserias que nos agobian.

Los periódicos, como los campanarios de todas las parroquias, han echado las campanas a vuelo, y uno, dirigiéndose al siglo pasado, y otros al siglo presente, todos y cada uno se han desahogado a su sabor.

Hay quien—con motivo de haber conocido el siglo veinte—cree haber sacado la lotería, y la gente, en general, andaba toda por esas calles

dándose apretones de mano y estrechos abrazos como si el casero y el recaudador de contribuciones no los fueran a visitar con el recibo correspondiente.

En Sevilla la entrada del nuevo siglo ha revestido carácter místico aguardientoso.

Todo, por supuesto, con la mayor religiosidad y la mayor alegría.

El siglo ha sido recibido con todos los honores y con todo el incienso que había disponible.

Misas, pláticas, sermones, procesiones públicas... y un cuarto de kilo de carne a los pobres.

Del mal, el menos; porque esto último, a cargo de nuestro Ayuntamiento, ha dejado alguna substancia.

En los pueblos del distrito no sabemos qué ha pasado cuando hayan visto la entrada del nuevo siglo... No es raro que, imitándonos los pueblos, lo hayan también celebrado, en la iglesia con el cura, y en la calle con el diablo.

En Dos-Hermanas, vecino pueblo y canónic carlista, la entrada del nuevo siglo se ha celebrado con gran solemnidad... y hasta con prospectos para levantar el entusiasmo.

Se ha repartido con profusión una octavilla de papel con los siguientes vivas:

¡Viva el pueblo de Dos-Hermanas!
¡Viva el cura párroco!
¡Viva el Alcalde y Municipio!
Y
¡Viva D. Jesús de Grimarest!

No ha faltado más que el viva a D. Carlos séptimo!

Pero, como quiera que el Sr. D. Jesús es el representante del tal D. Carlos en estas tierras de pan labrar, ¡como si lo hubieran dado!

Mi enhorabuena a los carlistas sevillanos y a su padre Montaña andaluz.

El Sr. D. Francisco Romero Robledo ha inaugurado con la mayor solemnidad la erección, en la plaza del Senado de Madrid, de la estatua de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al acto asistieron sus majestades, el alto personal palatino, el Gobierno y los lacayos de tanda.

El Sr. Romero Robledo dijo:

«El gran estadista pertenece a su país, y pasará a la historia de éste como el primer hombre de Estado de su época. A él se debe la restauración de la monarquía sin derramamiento de sangre, y el haber hecho desaparecer las sombras de la reacción.»

Como observarán ustedes, el Sr. Romero Robledo sigue siendo en el siglo veinte tan embustero como lo era en el siglo diecinueve.

Por este hombre no pasan siglos. Gracias a que Martínez Campos, restaurador de la monarquía, yace mudo bajo la tierra del siglo diecinueve, que si no... él se encargaría de contestarle.

Y en cuanto a eso de haber hecho desaparecer las sombras de la reacción, remito a mis lectores a sus últimos discursos pronunciados en el Congreso, en esos que asegura—y es verdad—que la reacción nos come, nos explota y nos empuerca.

Y siguió diciendo el Sr. Romero:

«El Sr. Cánovas fué el más firme sostén de la dinastía reinante.

Dirigiéndose a S. M., dijo:

—¡Qué grato será para V. M. asociarse hoy al espíritu del pueblo español!

Pero... ¡el pueblo español se ha asociado para levantarle una estatua al hombre que enterró en los campos de Cuba toda la juventud española, por necesidad, por orgullo ó por... patriotismo, si patriotismo se llama matar a la humanidad defendiendo lo que nada le importa!

No, Sr. Romero Robledo: el espíritu del pueblo español no puede estar allí donde se levante la estatua de un tirano.

Y si no... que hablen las cien mil madres de familia que allí perdieron sus hijos sin honra ni provecho.

Allí estarán asociados todos los espíritus de la gente lacayuna por dicho hombre de estado encumbrada, y los de aquellos que se valen de su efígie para medrar.

Dicen todos los periódicos que la crisis se avecina porque el Gobierno está enfermo de calenturas malignas. Saldrá el Ministro de Estado y el Ministro de Marina, para dar entrada a otros

dos ministros más carlistas. Tratan de echar un remiendo en esa tela podrida que zurció el señor Silvela para casar a la niña. Celebraré que lo logren y que su objeto consigan, y que salgamos del paso con la mayor alegría.

Esto que copio es de Joaquín Dicenta, doliéndose de que la Corte de España esté rodeada de conventos.

Y exclama:

«¡El convento! Es decir, el enemigo de todo progreso, de todo paso de la humanidad hacia adelante; la mole estancada que resta músculos al trabajo, gérmenes de vida a las generaciones futuras, horizontes al pensamiento e independencia al juicio. El convento, que no significa hoy asociación de hombres libremente reunidos con objeto de elevar sus preces a Dios, sino recluta de soldados prontos a combatir por el triunfo del fanatismo. El convento, que se convierte en escuela para apoderarse de los cerebros infantiles y dirigirlos a su antojo; en taller, para explotar la servidumbre del obrero y ofrecerle la hartura arriba, aunque sufra, como ley irrevocable, la miseria abajo; en asilo de mujeres caídas, donde se las redime de la vergonzosa esclavitud de la carne, para someterlas a la horrible esclavitud del albedrío. El convento, que no se conforma con el espacio entre sus muros comprendidos, sino que lo rebasa y se introduce en todas partes: en la cátedra, en el hogar, en el lecho de los moribundos, en el oído de las mujeres, en las ocupaciones de los hombres, en el palacio de los reyes, en la conciencia de las reinas, para decirles que el amor a la libertad es una infamia, el respeto al criterio individual un delito, el propósito de la redención humana en la tierra un crimen, y que el cielo castigará con el más tremendo de los castigos a quien en tal infamia, en tal delito ó en tal crimen incurra.»

Todo eso es el convento.

Y así está Madrid.

¡Cómo estarán las hijas cuando la mamá se encuentra presa entre esos miles de gaudules!

Pero, D. Joaquín: crea usted que tenemos todo eso porque lo queremos y porque lo merecemos.

Nadie tiene piojos si no es porque quiere tenerlos.

Y el cuerpo social español los tiene porque quiere.

No hay que darle vueltas.

Ha dicho el *Heraldo* de Madrid:

«En nuestro número de ayer copiábamos la partida de los presupuestos generales del Estado correspondientes al año 1900, en la que se asigna la pensión de 30,000 pesetas anuales a su alteza la serenísima señora infanta de España D.^a Isabel Fernandina de Borbón y Borbón.

Como esta señora falleció en París el 17 de Mayo de 1897, preguntábamos si las 30,000 pesetas las cobraban sus herederos.»

Y la heredera de la señora infanta ha contestado:

«Como hija y heredera de la referida Infanta, puedo asegurar a usted que nada he percibido de la referida asignación, por lo cual resultará por todo extremo interesante e instructivo averiguar por qué figura en los presupuestos la asignación correspondiente a persona fallecida hace tres años y medio y quién es el infeliz mortal que se aprovecha de ella.

Es de usted con la mayor consideración atenta segura servidora, q. b. s. m.—*María Cristina Gurowski y Borbón.*»

¿Dónde están las 30,000 pesetas?

¿Quién ha cobrado, y quién cobra esas 30,000 pesetas?

¡Misterios del siglo diecinueve!

¡Ya se murió!

¡Vayan ustedes a preguntarle lo que habrá hecho de ellas!

Pero... no nos ocupemos en eso.

Ahora estamos locos de alegría por haber conocido el siglo veinte.

¡Que por cierto viene acompañado de las mismas vulgaridades que el anterior!

CARRASQUILLA.

TAN TRISTE COMO EL PRINCIPIO

Finalizó el siglo diez y nueve, que tanto ha luchado por las ideas de emancipación, y España está sometida a las ideas del pasado, como al principiar la centuria que ha expirado.

Ha habido en los comienzos, en la mitad y al

principio del último tercio, algunos ligeros destellos que desgraciadamente se disiparon enseguida, y nos envolvió nuevamente la densa niebla de aquellas edades en que el rey y los privados lo eran todo, y el pueblo sólo representaba la bestia de carga al servicio del señor y del tirano.

Lo que se ha perdido en franqueza hemos alcanzado en disimulo hipócrita. Los reyes a lo Luis XIV desaparecieron; los ministros a lo Narvay y a lo González Bravo casi no se comprenden, pero sus herederos y sucesores, si carecen de su enérgica arrogancia, manejan las artes del disimulo preconizando la libertad para tirar al pueblo.

Aquellos tenían la grandeza de la provocación, considerándose superiores a todo; los hombres actuales tienen la pequeñez hipócrita del enano, que se procura una aureola modernista para disimular sus malas artes.

En punto a libertades estamos mucho más bajos que en los finales de la centuria, que expulso al jesuitismo de España. Es verdad que hay una Constitución y que funciona un parlamento. Aquella es una carta otorgada por unos cuantos oligarcas. El parlamento es la obra de los gobiernos del rey, que si no representa al país, tampoco significa los fueros de la nación, ni dirige su vista a los verdaderos intereses del pueblo. Obra de un concierto de partidos y de hombres que no tienen el concepto de la libertad ni la verdadera noción de patria, es, a su semejanza y a su devoción, un órgano sumiso a sus determinaciones.

Hemos permitido la mixtificación de la libertad, y nos hemos dejado arrastrar hasta la más indigna de las servidumbres, por falta de la suficiente energía para imponer la voluntad del pueblo como legislador y como juez.

Hemos dejado inmiscuirse en los negocios públicos a hombres sin conciencia, y tan grandes en ambición como ayunos de ideas, y nos han arrollado sumiéndonos en el precario estado que yace el verdadero señor y dueño de sus destinos.

El tirano moderno, con su disimulo, no alza el cadalso, pero eleva a axioma la degradación moral, mil veces peor que el sacrificio de la propia vida; y a fé que hacen bien cuando el pueblo permanece impasible e insensible ante la usurpación de todos sus derechos, el atropello de sus libertades y la defraudación de esos bienes y haciendas.

Ahí está como testimonio vivo, y asunto de tristísima actualidad, la crisis actual del poder ejecutivo, que no es ni más ni menos que la anterior y que todas las que se han sucedido en veinticinco años. Cábales, intrigas, malas artes, desprecios de los derechos del pueblo, privación de sus derechos, pero exacción de los tributos; que pague y calle, dicen los políticos, que son aquellos señores feudales de la antigüedad, con derecho de pernada y todo, y que si los señores tenían arranques para perdonar a los siervos, éstos aprietan, en cambio, los tornillos para todas las exacciones al infeliz contribuyente.

Tal es el cuadro que se ofrece a nuestra vista en estos momentos en que la España del siglo veinte comienza con la mala sombra de la reacción teocrática, y con la mala pata de un pueblo sumiso, obediente, servil e indolente y egoísta, que parece atrofiado por el vicio de la pereza, que es el peor de todos los vicios.

El concepto de la libertad se ha abandonado y franqueado el paso al más refinado egoísmo, mirando solamente a los intereses puramente materiales. Se cree que hay suficiente con la hogaza, y que la vida moral nada significa. Por esto imperan los políticos al uso; por esto se han repartido hasta la soberanía, y amistosamente y periódicamente disfrutaban el imperio.

Hay que volver por los fueros de la moral que son las determinaciones substantivas del derecho, para reivindicar la libertad y la soberanía, porque así prosperaremos en el orden moral, y mejorará nuestro estado de postración servil y, nos dignificaremos. El verdadero concepto de la libertad es el ejercicio de la soberanía en toda su integridad, y así acabaremos con las tristezas del presente.

A. A.

¿Comedia siniestra?

(DIALOGO)

ESPAÑOL. Parece que las cosas de ustedes van mal allá en el Transwaal.

INGLES. Mi encontrar la cosa natural.

ESPA. ¿Cómo natural! Pues no lo entiendo.

INGLES. Porque lord Roberts declarar guerra concluido.

ESPA. ¿Y qué? Cada vez satiendo menos.

INGLES. Avo usted no entender política inglés. Si Kitchener dejar creer que eso es la verdad, él aparecer entonces como hombre inútil; por evitar eso, él dejar hacer pinitos a los boers por hacer creer al Gobierno que él tener aún mocho que trabajar.

ESPA. Ya comprendo. ¡Y qué pillos *semos los sordaos!* Entonces es á ese buen señor Kitchener á quien los boers tienen que agradecer sus recientes victorias.

INGLES. Oh, yes, usted estar listo, usted comprender la cosa.

ESPA. De manera que es una comedia en la que Kitchener desempeña el papel de protagonista; pero lo que no me explíc es el por qué lo hace. ¿Es acaso para buscar laureles en donde no queda, á mi parecer, más que alfalfa?

INGLES. Usted volver á extraviarse en el no entender. Usted seguir la razonamiento con atención.

ESPA. Escucho.

INGLES. Lord Kitchener ha gastado el mismo estratagemo en la India y el asunto resultar mucho bono. Para acabar pronto y sin mocha trabajo, ha dejado entrar á los boers en el Cabo, ha dejado ganar dos ó tres escaramuzas y, como dice el refrano española: de luengas tierras lenguas mentiras, ha cablegrafiado á Londres lo siguiente: «Boers numerosos y bien montados; colonos holandeses se unen á boers; mande pronto 50,000 caballos ó mulos, 5,000 hombres más, si nó prestigio militar (mio) inglés peligrar.» Usted comprender.

ESPA. ¡Oh, sí señor! Pero eso, en mi tierra, se llama *charranería* ó cosa peor, y ningún militar pundonoroso usaría de esos medios que reprueba la dignidad y...

INGLES. ¡Oh! dice otro refrano española que en todas partes cuecen habas. Ustedes tener Welser y nosotros tener Kitchener. Vaya lo uno por lo otro. Usted no ignorar que los periódicos extranjeros llaman *Welerismo* á la manera de obrar de Lord Kitchener.

ESPA. Dice otra refran española: quien calla otorga. Sigasiempre la mía razonamiento.

Si el Parlamento inglés cree las aserciones de lord Roberts, no votar créditos para más cañones y demás artefactos de guerra. Asustando un poco al Parlamento, Kitchener ha obtenido todo lo que quería. Sí, señor, por esta razón ha parecido la situación tan grave estos últimos días.

ESPA. De manera, que ahora es cuestión de pocos días y los pobres boers estarán pronto reducidos á la proporción de los pieles rojas...

INGLES. ¡Ah, Mr. John Bull! Hay más aún, pero su *modestia* va aparejada con su *desinterés* y no habla de ello. Vuestra prensa, sin embargo, se ha despachado á su gusto cuando nuestras guerras coloniales, y con sus primos de usted no ponía que no había por dónde cogernos. Vuestra guarnición de Gibraltar se desgañaba de ¡hurra! á cada descalabro que sufríamos en aquella desigual lucha; las menores equivocaciones de los jefes de nuestro ejército eran juzgadas por nuestros prohombres con un ensañamiento rayano en crueldad. Y vosotros, en una guerra infame, con una superioridad numérica abrumadora de *once contra uno*, no habéis logrado, en *quince meses*, impedir que 4,500 boers pasaran la Noche Buena en territorio inglés, ni que, en igual fecha del año pasado, fueran 4,000 de los vuestros á Pretoria prisioneros. Os habíais vanagloriado de dar un paseo militar al través del *Welt transwaalense* y de someter á esos *campesinos* al yugo de la esclavitud, diez millones de libras esterlinas bastaban, según los *acertados* cálculos de Chamberlain, y resulta ahora que el paseo militar de marras se ha transformado en una tremenda hecatombe de los vuestros, que ya van gastados *cient millones de libras esterlinas*, que habéis perdido vuestro prestigio militar, que habéis perdido también...

INGLES. ¡Oh! ¡Oh! Qué...

ESPA. Déjeme acabar, hombre, que yo, una vez disparado, no me detiene ni Kitchener ni Roberts. Conque, le iba diciendo que habíais perdido... hasta la reputación de caballeros, matando mujeres y niños, fusilando prisioneros, quemando ancianos y...

INGLES. ¡Por Dios, señor! Usted es...

ESPA. Sí, señor. Yo soy indulgente, pero no me lo agradezca usted, pues de vos-

otros, ni la salud queremos los españoles.

INGLES. ¡Ah! Si mi estar familiarizado con el idioma de usted, mi encontrar argumentacionamente para contestar, pero...

ESPA. ¡Ah, pues si yo ladrara inglés, entonces sí que me despacharía á mi gusto!

INGLES. ¡Oh! Usted no estar inglés y, por tanto, usted no comprender la política de Inglaterra. Es bueno que usted saber que, hace seis meses, los grandes poseedores de títulos de minas del Transwaal habían vendido valores considerables con primas cuyo vencimiento acaecía á fin de Diciembre, entonces, como antes de todo, los ingleses miramos el *bosness*, hemos abultado algo los acontecimientos con tanta más facilidad que la censura telegráfica estar establecida por el *War Office*. ¿Usted comprender?

ESPA. ¡Magnífico! Y como conclusión...

INGLES. Que Kitchener tiene ahora todo lo que él querer y que las noticias que dentro de pocos días llegarán aquí, ser satisfactorias; y si nó, al tiempo. ¡Good bye! Mi saludar á usted.

ESPA. ¡Ah, mister! No quiero separarme de usted sin decirle que habéis perdido también hasta el último vestigio de... aprehensión.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

LA CRISIS DE LOS SUPLENTE

No hablaríamos de la situación de este Gobierno de contrafiguras, cuya cabeza parlante es el sabio ministro de la Gobernación (que, como la tiene redonda, se presta admirablemente al malabar ejercicio), si no nos considerásemos en el deber de informar á nuestros lectores de los sucesos políticos de actualidad.

El gobierno Azcárraga está en crisis después de haber cumplido su misión y desempeñado el triste papel de contrafigura de tablado de títritero bohemio.

El jefe del partido conservador temió que, cercado por las oposiciones y estrechado en el Parlamento por sus errores catalanistas, por sus torpezas como almirante, y sobre todo por la farsa representada la famosa noche de la suscripción del empréstito, fracasara y naufragase, hundiéndose la nave conservadora, y procuró su caída buscando un suplente para que, garantizase al Sagrado Corazón el catolicismo del Estado, realizase la boda de la princesa de Asturias y ocurriera al arreglo con los tenedores del exterior, si era posible, para que acalladas las oposiciones y olvidada su anterior gestión, pudiera de nuevo volver á la dirección de los negocios públicos y preparar la continuación del partido neoconservador en el Gobierno hasta Mayo de 1902, que es de lo que se trata.

Pasó la boda de la princesa. Es ya viejo el tema de la Montaña, que se presentaba amenazador, y con esta dedada de miel á la opinión liberal, justamente alarmada, ya considera el señor Silvela llegado el momento de arrojar por la borda á las contrafiguras y aceptar directamente la responsabilidad del Gobierno para preparar y realizar los propósitos de preparar bien la efectividad del Monarca en la dirección de los negocios.

Como Silvela es hombre hábil y muy dado á jugar por tabla, ha lanzado á los diputados de la mayoría contra el Ministerio para empujarle resueltamente á la caída en los momentos actuales, en que ha sufrido grave contrariedad el ministro de Marina, un contratiempo el del Estado que se ha sentido enfermo, y próximo á caerse el Ministro de Hacienda.

La crisis del Gobierno está próxima, pero este partido conservador no se considera fracasado y cree que con su jefe á la cabeza puede todavía tirar algo más de año y medio. Los suplentes se van, pero vuelven los personajes numerarios á hacer las delicias de España y buena la campaña de Ugarte en materia de imprenta.

El rayo de luz que ha iluminado el espacio por la acción de liberales y demócratas, es preciso que continúe brillando, porque esa contenta dada con la expulsión del franco jesuita no ha sido más que para ofuscarnos y seducirnos.

Ni podemos callar ni cejar en nuestra campaña; antes bien, hoy debemos con mayor energía continuar la lucha, hasta conquistar todo el terreno perdido y llegar á todas las reivindicaciones.

La educación del rey ha de estar influida siempre en sentimientos y consejos muy parecidos á los del padre Montaña, porque entre obispos y clérigos no hay, no puede haber nadie que enderece sus preceptos en dirección á los ideales de libertad y de progreso, y ya no están los tiempos para poder prometerse nada de poderes que son la negación completa de los derechos del pueblo.

Con Silvela y con Azcárraga, con cualq uier

gobierno conservador ó liberal, es imposible realizar el progreso en las ideas, pasarnos de la postración en que se encuentra España, porque no lo consiente el régimen, que no es suicida, y porque á ello se oponen los verdaderos Mentores de todas las situaciones pasadas y tuturas. Si llegase á plantearse el problema de algún viaje por el extranjero en los momentos de terminar la minoridad, y hubieran de prorrogarse los poderes, seguiremos en la interinidad, pero ésta tampoco cesaría, después de jurar el rey la Constitución, y todo seguirá en este estado de abatimiento y de descomposición, mientras no queramos ser liberales de verdad y aspiremos á conquistar la libertad sin mixtificaciones ni atenuantes de ningún género.

La fuerza sigue informando toda la política de los turnantes, y para concluir con ella hay que echar mixtificaciones y miedo á un lado y presentar la cara sin máscara que la desfigure y sin artificio que la envilezca.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

En San Sebastián desencadenóse horroroso temporal.

El huracán derribó los postes y columnas del alumbrado y chimeneas, llevóse un lavadero y volcó carruajes.

Varios heridos y con fracturas en los brazos y piernas.

Cayeron varias chispas eléctricas resultando dos muertos.

Frente al castillo, un vapor capea el temporal siendo inútiles sus esfuerzos para ganar el puerto.

Témese que ocurra algún siniestro.

Dicen de Lugo que frente á Rivadeo, se ha ido á pique dos lanchas pescadoras estrellándose contra las rocas.

Las tripulaciones han sido salvadas.

Faltan 18 barcos de pesca; ignórase su paradero y témese que hayan naufragado.

Insístese sobre la inminencia de la crisis. Dicese que la planteará Campóo.

Coméntase la reserva de Silvela, y sus íntimos le presentan contrariado por temor de que Azcárraga le acuse de falta de consideración.

Los amigos del gobierno atribuyen el conflicto á manejos de la camarilla de Dato.

El *Liberal* examina la situación política en fin de siglo, y dice que debemos exterminar las parcialidades si no queremos que acabe el siglo XX con la personalidad de la patria como el 19 ha terminado con su historia.

Dicen de Barcelona que están en huelga los carreteros de Gracia.

En San Martín se han cerrado algunas fábricas á consecuencia de la liquidación del año.

Dos panaderos amenazan con huelga.

Ramos Izquierdo nada ha resuelto sobre su actitud, que le decidirá la actitud de las minorías.

Después de la ceremonia de hoy reunióse en el Senado un consejo para ocuparse de los asuntos parlamentarios y medios de aprobar el proyecto de fuerzas navales.

Alix dice que acordarán desmentir los rumores de crisis.

Mientras el Gobierno tenga la confianza de la corona, no piensa dimitir.

Si algunos de la mayoría están descontentos de la marcha del Gobierno, pueden presentar un voto de censura.

En Valencia se ha descubierto el mausoleo que guarda los restos del poeta Llombert, asistiendo numeroso gentío.

Pronunció un discurso Blasco Ibáñez.

El domingo, en el teatro Pizarro, se celebrará un banquete con que los pintores obsequian á Blasco.

Dichos artistas engalanarán el teatro.

Sobre las cuestiones políticas conferenciaaron separadamente con Silvela, Pidal, Campóo y Toca.

Los ministros, á la salida del consejo, dijeron haberse ocupado del hermoso discurso de Romero, que merecía unánimes elogios.

La situación política dijeron que sigue igual.

Manifestaron que el Gobierno confía en que las oposiciones sólo tratarán de fijar su actitud y criterio sobre el proyecto de fuerzas navales.

Acordaron que el jueves explique Moret su interpelección sobre el regionalismo.

El primer turno en contra del dictamen de fuerzas navales lo consumirá Gómez Imaz.

El discurso será una acerba crítica de la gestión de Silvela en el ministerio de Marina.

DEL EXTRANJERO

En Burdeos el presidente de la Cámara de Comercio española ha telegrafiado al embajador en París, protestando contra la nueva tarifa de alcoholes y vinos superiores á 12 grados.

Cree que debe mantenerse el antiguo régimen.

La Cámara francesa ha aprobado los recargos de impuestos que sustituyen á los consumos en París.

Quedó terminada la legislatura.

Telegramas de los Estados Unidos dicen que los ingleses cometen muchos atropellos en el Cabo.

La invasión de los boers en el Cabo avanza. La partida que invadió el Oeste se halla á mitad del camino de la capital.

La partida se aproxima á Middelbourg. Las noticias son muy pesimistas.

Las autoridades han dirigido á la población un llamamiento contra los boers.

Todos los puestos se han reforzado contra la invasión de los boers. Estos han obligado á sesenta individuos de la colonia á unirseles.

Ya estamos en él, pese á quien pese, aunque fuera emperador quien lo contrario dijere.

¿Cómo se presenta? ¿En son de guerra ó de paz? ¿Cuáles son sus propósitos? ¿Se propone seguir los perniciosos ejemplos de su predecesor? ¿Triunfará en él el idealismo del egoísmo que hoy rige todos los actos de los hombres?

Por lo pronto sus albores aparecen bajo muy tristes auspicios; las tetricas figuras que, para vergüenza de la Humanidad, descuelan por cima del común de los mortales contemporáneos, se disponen á seguir hórroizando al mundo con su genio destructor y su orgullo sin límites.

El mal ejemplo cunde, las filas de los malvados van engrosando más cada día; el mal triunfa del bien con éxito tal, que los pobres de espíritu y los pobres de estómago, desesperando de probar jamás un día de dicha, se dejan arrastrar por la corriente reforzando así la ya formidable falange de los tiranos de la gran familia humana.

Los siglos pasados han presenciado abominaciones espantosas; esas escenas de destrucción han requerido justificar con la diferencia de los colores de los hombres; en otros siglos más cercanos á nuestros días, las innumerables víctimas sacrificadas á las ambiciones de los poderosos, de esos que tienen la osadía de proclamarse representantes de Dios en la tierra, fué por la diferencia de conformación geográfica del planeta; más reciente aún, fué la religión motivo de atrocidades que la pluma rehusa referir.

En el siglo XIX, llamado de las luces, sin duda por los fulgores que las antorchas incendiarias de todos los ejércitos de ambos mundos hicieron brillar en los hogares de los vencidos, y por los fognazos de los monstruos de bronce que, vomitando metralla, sembraban los campos de miembros jóvenes y vigorosos, cuyo destino no era de servir de abono á los campos, sino el de fertilizarlos con su labor y elevar allí edificios que perpetuaran su memoria. Nó, no debe llamarse siglo de las luces aquel en que el oscurantismo alcanzó proporciones tan gigantescas, en el en que murieron de hambre tantos hombres de verdadero talento, en el en que prosperaron los propagadores del ignoratismo, en el en que el progreso fué más bien vehículo de destrucción que de civilización verdad, en el en que se relajaron todos los vínculos, de pueblos primero, de razas después y finalmente de familia.

¡Ah! no se puede llamar siglo de las luces el que expiró anteayer, sino como siniestra alusión á las uces de los fuegos homicidas que desde su nacimiento hasta sus últimos estertores, han alumbrado los continentes del viejo y nuevo mundo.

El siglo XX será recopilación de todos los pretextos que se buscaron para justificar las hecatombes de sus predecesores.

Se llamará al conjunto de pretextos invocados: *Imperialismo, Civilización, Regeneración y Religión*, y á la sombra de esas banderas, caerán los débiles á los pies de los fuertes, serán pisoteados sin piedad y aplastados sin cuartel.

El predominio de la fuerza sobre el derecho será cosa corriente; la libertad, tan preconizada y tan cantada, volverá á ser un mito medioeval.

Dos naciones son las que parecían ser los portaestandartes de la civilización, y en estos últimos años han dado la prueba desconsoladora de que son las que están al frente de la ilegalidad y de que encima de la fuerza no hay razón que valga; irán mucho más allá que el fatídico Malthus.

SIGLO XX